

ESPIRITUALIDAD MATRIMONIAL Y FAMILIAR

Capítulo noveno de la exhortación apostólica “*Amoris Lætitia*” del Papa Francisco
P. Miguel Paz, LC

- La caridad adquiere matices diferentes, según el estado de vida al cual cada uno haya sido llamado.
- El Concilio Vaticano II decía que la espiritualidad de los laicos «debe asumir características peculiares por razón del estado de matrimonio y de familia».
- Y que las preocupaciones familiares no deben ser algo ajeno «a su estilo de vida espiritual»

LA CARIDAD



Es activa, dinámica y se mueve en dirección del bien al prójimo.

Espiritualidad de la comunión sobrenatural

- Siempre hemos hablado de la inhabitación divina en el corazón de la persona que vive en gracia.
- Hoy podemos decir también que la Trinidad está presente en el templo de la comunión matrimonial.



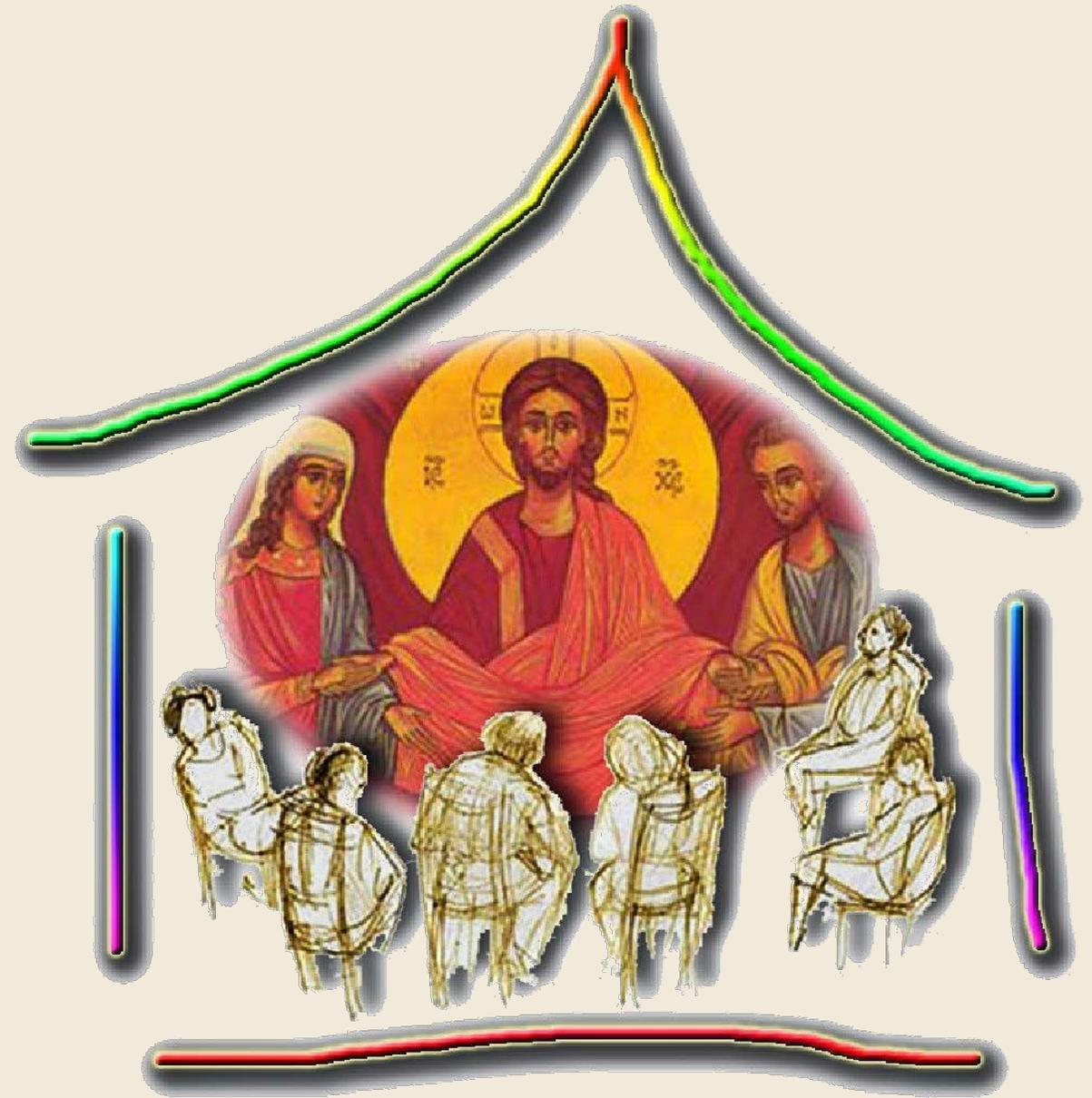
La presencia del Señor habita en la familia real y concreta, con todos sus sufrimientos, luchas, alegrías e intentos cotidianos.

Cuando se vive en familia, allí es difícil fingir y mentir, no podemos mostrar una máscara. Si el amor anima esa autenticidad, el Señor reina allí con su gozo y su paz.

La espiritualidad del amor familiar está hecha de miles de gestos reales y concretos.



- En esa variedad de dones y de encuentros que maduran la comunión, Dios tiene su morada.
- Esa entrega asocia «a la vez lo humano y lo divino», porque está llena del amor de Dios.
- En definitiva, la espiritualidad matrimonial es una espiritualidad del vínculo habitado por el amor divino.



- Una comunión familiar bien vivida es un verdadero camino de santificación en la vida ordinaria y de crecimiento místico, un medio para la unión íntima con Dios.
- Porque las exigencias fraternas y comunitarias de la vida en familia son una ocasión para abrir más y más el corazón, y eso hace posible un encuentro con el Señor cada vez más pleno.
- Sólo «si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud» (1 Jn 4,12).



- La expresión primera y originaria de la dimensión social de la persona es el matrimonio y la familia», la espiritualidad se encarna en la comunión familiar.
- Entonces, quienes tienen hondos deseos espirituales no deben sentir que la familia los aleja del crecimiento en la vida del Espíritu, sino que es un camino que el Señor utiliza para llevarles a las cumbres de la unión mística.



Juntos en oración a la luz de la Pascua

- Si la familia logra concentrarse en Cristo, él unifica e ilumina toda la vida familiar. Los dolores y las angustias se experimentan en comunión con la cruz del Señor, y el abrazo con él permite sobrellevar los peores momentos.
- Las familias alcanzan poco a poco, con la gracia del Espíritu Santo, su santidad a través de la vida matrimonial, participando también en el misterio de la cruz de Cristo, que transforma las dificultades y sufrimientos en una ofrenda de amor.



- Por otra parte, los momentos de gozo, el descanso o la fiesta, y aun la sexualidad, se experimentan como una participación en la vida plena de su Resurrección.
- Los cónyuges conforman con diversos gestos cotidianos ese espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado.



La oración en familia

La oración en familia es un medio privilegiado para expresar y fortalecer esta fe pascual.

Se pueden encontrar unos minutos cada día para estar unidos ante el Señor vivo, decirle las cosas que preocupan, rogar por las necesidades familiares, orar por alguno que esté pasando un momento difícil, pedirle ayuda para amar, darle gracias por la vida y por las cosas buenas, pedirle a la Virgen que proteja con su manto de madre.

Las diversas expresiones de la piedad popular son un tesoro de espiritualidad para muchas familias.



Camino comunitario

El camino comunitario de oración alcanza su culminación participando juntos de la Eucaristía, especialmente en medio del reposo dominical.

Jesús llama a la puerta de la familia para compartir con ella la cena eucarística (cf. Ap 3,20). Allí, los esposos pueden volver siempre a sellar la alianza pascual que los ha unido y que refleja la Alianza que Dios selló con la humanidad en la cruz.

El alimento de la Eucaristía es fuerza y estímulo para vivir cada día la alianza matrimonial como «iglesia doméstica»



Espiritualidad del amor exclusivo y libre

- En el matrimonio se vive también el sentido de pertenecer por completo sólo a una persona. Los esposos asumen el desafío y el anhelo de envejecer y desgastarse juntos y así reflejan la fidelidad de Dios.
- Esta firme decisión, que marca un estilo de vida, es una exigencia interior del pacto de amor conyugal. Porque quien no se decide a querer para siempre, es difícil que pueda amar de veras un solo día.



- Cada mañana, al levantarse, se vuelve a tomar ante Dios esta decisión de fidelidad, pase lo que pase a lo largo de la jornada. Y cada uno, cuando va a dormir, espera levantarse para continuar esta aventura, confiando en la ayuda del Señor.
- Así, cada cónyuge es para el otro signo e instrumento de la cercanía del Señor, que no nos deja solos: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28,20).



Hay un punto donde el amor de la pareja alcanza su mayor liberación y se convierte en un espacio de sana autonomía: cuando cada uno descubre que el otro no es suyo, sino que tiene un dueño mucho más importante, su único Señor.



Nadie más puede pretender tomar posesión de la intimidad más personal y secreta del ser amado y sólo él puede ocupar el centro de su vida.

- Al mismo tiempo, el principio de realismo espiritual hace que el cónyuge ya no pretenda que el otro sacie completamente sus necesidades.
- Es preciso que el camino espiritual de cada uno le ayude a «desilusionarse» del otro, a dejar de esperar de esa persona lo que sólo es propio del amor de Dios.
- El espacio exclusivo que cada uno de los cónyuges reserva a su trato solitario con Dios, no sólo permite sanar las heridas de la convivencia, sino que posibilita encontrar en el amor de Dios el sentido de la propia existencia.
- Necesitamos invocar cada día la acción del Espíritu para que esta libertad interior sea posible.



Espiritualidad del cuidado, del consuelo y del estímulo

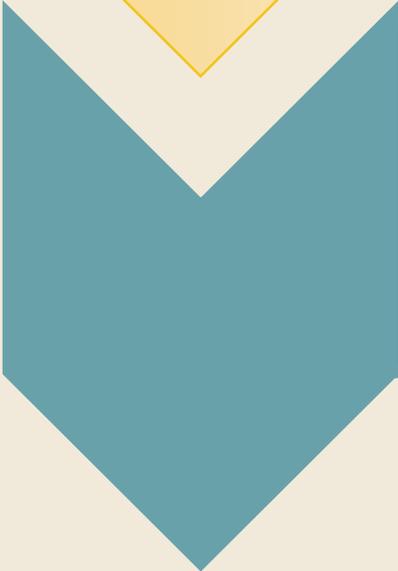
- Los esposos cristianos son mutuamente para sí, para sus hijos y para los restantes familiares, cooperadores de la gracia y testigos de la fe.
- Dios los llama a engendrar y a cuidar. Por eso mismo, la familia ha sido siempre el “hospital” más cercano.
- El amor de Dios se expresa a través de las palabras vivas y concretas con que el hombre y la mujer se declaran su amor conyugal.
- Así, los dos son entre sí reflejos del amor divino que consuela con la palabra, la mirada, la ayuda, la caricia, el abrazo.



- Toda la vida de la familia es un «pastoreo» misericordioso.
- Cada uno, con cuidado, pinta y escribe en la vida del otro.
- Cada uno es un «pescador de hombres» (Lc 5,10) que, en el nombre de Jesús, «echa las redes» (cf. Lc 5,5) en los demás,
- o un labrador que trabaja en esa tierra fresca que son sus seres amados, estimulando lo mejor de ellos.



- 
- «Amar a un ser es esperar de él algo indefinible e imprevisible; y es, al mismo tiempo, proporcionarle de alguna manera el medio de responder a esta espera» (Gabriel Marcel).

- 
- Esto es un culto a Dios, porque es él quien sembró muchas cosas buenas en los demás esperando que las hagamos crecer.

- Es una honda experiencia espiritual contemplar a cada ser querido con los ojos de Dios y reconocer a Cristo en él.
- Se puede estar plenamente presente ante el otro si uno se entrega «porque sí», olvidando todo lo que hay alrededor. El ser amado merece toda la atención.
- Jesús era un modelo porque, cuando alguien se acercaba a conversar con él, detenía su mirada, miraba con amor (cf. *Mc10,21*).



Eso se vive en medio de la vida cotidiana de la familia. Allí recordamos que esa persona que vive con nosotros lo merece todo, ya que posee una dignidad infinita por ser objeto del amor inmenso del Padre.

Así brota la ternura, capaz de suscitar en el otro el gozo de sentirse amado.

Se expresa, en particular, al dirigirse con atención exquisita a los límites del otro, especialmente cuando se presentan de manera evidente.

Bajo el impulso del Espíritu

- Bajo el impulso del Espíritu, el núcleo familiar no sólo acoge la vida generándola en su propio seno, sino que se abre, sale de sí para derramar su bien en otros, para cuidarlos y buscar su felicidad.
- Esta apertura se expresa particularmente en la hospitalidad.
- Cuando la familia acoge y sale hacia los demás, especialmente hacia los pobres y abandonados, es símbolo, testimonio y participación de la maternidad de la Iglesia.
- La familia vive su espiritualidad propia siendo al mismo tiempo una iglesia doméstica y una célula vital para transformar el mundo



- Las palabras del Maestro (cf. *Mt 22,30*) y las de san Pablo (cf. *1 Co 7,29-31*) sobre el matrimonio, están insertas —no casualmente— en la dimensión última y definitiva de nuestra existencia, que necesitamos recuperar.
- Como recordamos varias veces en esta Exhortación, ninguna familia es una realidad celestial y confeccionada de una vez para siempre, sino que requiere una progresiva maduración de su capacidad de amar.
- Hay un llamado constante que viene de la comunión plena de la Trinidad, de la unión preciosa entre Cristo y su Iglesia, de esa comunidad tan bella que es la familia de Nazaret y de la fraternidad sin manchas que existe entre los santos del cielo.



Contemplar la plenitud



Pero además, contemplar la plenitud que todavía no alcanzamos, nos permite relativizar el recorrido histórico que estamos haciendo como familias, para dejar de exigir a las relaciones interpersonales una perfección, una pureza de intenciones y una coherencia que sólo podremos encontrar en el Reino definitivo.

También nos impide juzgar con dureza a quienes viven en condiciones de mucha fragilidad.

Todos estamos llamados a mantener viva la tensión hacia un más allá de nosotros mismos y de nuestros límites, y cada familia debe vivir en ese estímulo constante.

Caminemos familias, sigamos caminando. Lo que se nos promete es siempre más.

No desesperemos por nuestros límites, pero tampoco renunciemos a buscar la plenitud de amor y de comunión que se nos ha prometido.



Oración a la Sagrada Familia

- Jesús, María y José en vosotros contemplamos el esplendor del verdadero amor, a vosotros, confiados, nos dirigimos.
- Santa Familia de Nazaret, haz también de nuestras familias lugar de comunión y cenáculo de oración, auténticas escuelas del Evangelio y pequeñas iglesias domésticas.
- Santa Familia de Nazaret, que nunca más haya en las familias episodios de violencia, de cerrazón y división; que quien haya sido herido o escandalizado sea pronto consolado y curado.
- Santa Familia de Nazaret, haz tomar conciencia a todos del carácter sagrado e inviolable de la familia, de su belleza en el proyecto de Dios.
- Jesús, María y José, escuchad, acoged nuestra súplica.
- Amén.



¿ Dónde encontrarnos?

Nuestra
WEB

- www.evangelizaciondigital.org

Twitter:

- @EvangDigital
- @PaterAgustin